



CARBONERO EN LA BAHÍA DE MONTEVIDEO. — Cuadro de MANUEL LARRAVIDE.

—¡Vaya un bicho retozón, compare. ¿Se vende?
Guingo no le responde; acaba de recibir una herida en el pecho, herida moral se entiende, pero que está matándole. Una mozueta ha exclamado en tono de zumba, riendo como un ángel:
 —¿Pero como va á andá, tío *Guingo*, si eso e juna ansiana?
 —¿Ansiana?—dice indignado,—¡ascucha, ascucha, qué heregial...
 ¿Pos y esa elegancia y garbo? ¡Míralo! ¡Si la inosensia e la poca edá le briya en lo sojo! Pero es que la probe está un poquiyo achantá, con tó esa gente que la mira con tanto escarol!—Y añade iracundo, dirigiéndose á la multitud:
 —¡Irsus! ¿Sa puesto aquí acaemia?...
 En el mismo punto, el mocito trianero se aproxima á la burra como para pasarle la mano por el lomo, y entonces el gitano, poniéndose de un brinco entre la burra y el mozueto, exclama deteniéndole con trágico ademán:
 —¡No la jurgue, que se cael!

Sin preocuparse de las risas de la multitud, *Guingo*, impávido otra vez, tira de la cuerda, ¡ay! pero no hacia fuera, sino volviendo á la casa. Tira, diciéndole á la burra en tono mimoso:
 —¡Jarreee, puñao e claveleee!
 La burra da un paso, uno nada más, *Guingo* suspira, y añade hablando ahora con la gitana en voz misteriosa:
 —¡Achúchale un poco, *Guinga*!
Guinga achucha, *Guingo* tira, *Guinguillo* berrea, la burra está inmóvil, los mozuetos retozan, los muchachos gritan, la multitud se disuelve... El sol se pone... Abril con todas sus galas esparce su aliento embalsamado de heliotropos y jazmines; y este perfume, con el de azahar que se escapa de los naranjos, penetra en los pulmones y en el corazón, como beso risueño dulcísimo, de no se sabe qué boca fresca y enamorada.

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

MI MOZO Y MI MOZA

(CRÓNICAS VULGARES).

MUCHO tarda. Los minutos son siglos cuando está el corazón interresado en una empresa... No he debido citarla en un café. Al hacerla ayer entrar en aquel que hallé al paso, se colorearon sus mejillas. Es tímida y le avergüenza el bullicio.
 ¡Pobre muchacha! Si no me sintiese enamorado de veras sería un infame... Las once... ¡y no viene!... En medio de todo, es mejor que la haya citado aquí. Esto es como mi casa... Me entretendré hablando con el camarero... ¿Qué hay, Mariano?... Para ti es el mundo.
 —Y para usted la carne, como dicen, señorito.
 —Vamos; no te quejes; te pasas la gran vida. Tienes un oficio alegre.
 —Hay de todo. Los camareros somos como los enterradores, salvo que ellos viven indiferentes en medio del dolor y nosotros en medio del dolor y de la alegría.
 —Filosófico estás.
 —Perdone usted, señorito; pero es así. Yo soy bachiller, y como además en este pícaro oficio se ve tanto y se trata tanta gente y se oyen tantas cosas... y luego, que como á veces sobra tiempo y uno lee la prensa...
 —Tienes razón, Mariano. A ti se te puede perdonar hasta el que seas bachiller. Te reconozco el que seas bachiller. Te reconozco enciclopedia; todos los sabios debieran ser por lo menos media docenita de años mozos de café. Así sabrían algo de la vida.

276

fragua crímenes. En cada mesa se sucede la humanidad en un día... El oficio es alegre, alegre... ¡de todo hay!... En una misma mesa he visto en pocas horas suspirar, llorar, reír, regañar, reconciliarse, discutir temas científicos y disputar sobre lances de toros, arrullarse y jurarse odio, abrazarse y besarse y acometerse, meditar profundamente y profundamente dormir, moverse con inquietud, y permanecer inmóvil y estirado como una estatua; he visto tirar el oro y escatimar el céntimo, dejar entero el *biscuit glace* de los postres y devorar ansiosamente la media tostada de abajo; he visto hasta suicidarse.
 —Nada, que eres un gran observador, Mariano. La escasez de parroquia en estas horas me ha proporcionado un rato que sería excelente... si no tuviese otras preocupaciones... ¡Las once y media y sin venir...! Mariano, tú conoces las cosas.
 —Y las personas, señorito. ¡Cuánta no habrá pasado por delante de estos ojos! Allá, cuando estudiaba, recuerdo haber leído que no sé qué sabio clasificó las especies animales. Yo podría clasificar la humanidad desde este café.
 —¡Caramba! ¿Y qué te serviría de base para esa clasificación?
 —Cualquier cosa: la cuantía de la propina de cada cual, la manera de darla, hasta el modo de entrar en el café, de escoger mesa, de sentarse,

de pedir, hasta la de llevarse los terrones de azúcar. El forastero, el apocado, el tímido, el orgulloso, el audaz, el pobre de espíritu y el hombre de mundo, el preocupado y el tranquilo, el feliz y el desventurado, el rumbón y el generoso, el miserable y el que ha venido á menos, el pobre discreto y el pobre aparentador, el pródigo y el económico, la mujer honesta y la cortesana, la casada, la viuda y la soltera, todos, todos tienen una manera especial de conducirse en el café, y por un detalle ó por otro, no se escapan, los distingo en el acto y los coloco en su casilla correspondiente... Perdone usted, señorito; entra público.
 —Sí, es verdad. Ve á cumplir tu obligación... ¡Ah! No. Aguarda un instante... ¡Ella! ¡ella! al fin; ella con su timidez de paloma; ella con el rubor pintado en el rostro al verse aquí... Mariano, oye. ¿Ves aquella joven que entra con una toquilla azul?
 —Sí.
 —¿La conoces?
 —¡Pues no he de conocerla! ¡La he visto tantas veces tomar café con tantos!...
 —¡Animal! Cuando yo vuelva á este café ya habrá llovido.
 —Adiós, señorito... hasta mañana.

F. PI Y ARSUGA

IDILIO

Mi brazo, como siempre, con ternura cariñoso oprimiendo tu cintura.
 Tus ojos en los míos reflejados, los dos enamorados y eternamente unidos...
 Tú contando en mi pecho los latidos, yo aspirando en ti aromas delicadas, llegamos á la playa y los dos nos quedamos extasiados mirando aquella raya, aquel nido de amor del mar y el cielo, cuyos besos no se oyen, se presumen, que las olas nos cantan en resumen, y el sol suspende en su dorado velo.

Si húmeda está la arena, la tarde está serena.
 Un peñasco nos da sombra y asiento, y, en nuestro idilio, hasta sonríe el viento!
 Si del alma el espejo son los ojos, la tuya es como el cielo, hermosa amada; que al besar con afán tus labios rojos, he visto yo la paz dulce y soñada dormir en el azul de tu mirada!
 Tenemos enlazadas nuestras manos; juntitas las cabezas...
 ¡El horizonte adquiere otras bellezas; que el sol va traspasando meridianos, seguido de sus rayos soberanos!

Es la noche. ¡Nos cubre con su manto pues sabe que es la sombra nuestro encanto!
 Un beso se complace en nuestra boca; ¡ya somos horizonte de la vida!
 El beso será eterno. Tú dormida, caerás sobre mi pecho, con los sones del arpa bendecida que canta las más bellas ilusiones!
 Mañana, vendrá loca la aurora á despertarte de aquel sueño que un poema de amor mi bien encierra, y verás, halagüeño, un iris como tú, dulce y risueño... ¡y un ángel descendiendo hacia la tierra!

JUAN VENTURA RODRÍGUEZ



BAHÍA DE RIO JANEIRO. — Cuadro de MANUEL LARRAVIDE.

277



APUNTE; por J. CARDONA.

EL ABISMO

Entre los dos, para oponerse impío
á que siempre á mi lado pueda verte,
profundo abismo colocó la suerte
que sólo alva el pensamiento mío.

Puente nos niega, indiferente y frío,
que de nuestro martirio nos liberte,
y ni oye de mi pecho el ay de muerte,
ni mira de mis lágrimas el río.

Mas, ten fe y, en las alas de los vientos,
al cielo tachonado de zafiros
de nuestra pena alcemos los acentos;
hasta que formen con sus raudos giros,
puente de siemprevivas mis lamentos,
puente de pasionarias tus suspiros.

CARLOS CANO

PAQUITA

¡Todo delicadezas en tu cuerpo
que sólo vive por tus negros ojos!
Viva, pequeña, morenita, airosa;
sin apenas silueta ni contornos.

Mariposilla que sus iris quiebra
del astro rey entre destellos de oro.
Pajarita con alas de colores;
capullito gentil, de abrirse ansioso.

Todo lo débil en tu cuerpo vive;
pero el que el alma te sondea un poco
se estremece al abismo que contempla,
¡se deslumbra al fulgor de sus tesoros!

Como colina que recubren flores,
casi escondida junto al monte umbroso,
guardas filones de zafir y plata
que avara escondes al mirar de todos.

Siempre fueron mi encanto los jardines,
las flores mi ilusión; mas hoy deploro
no poder ser emprendedor minero
que arranque las riquezas de tu fondo.

José M.ª DE LA TORRE

A UN CLAVEL

Flor cuyo aroma preciado
disipa mi pena densa,
flor venida de la trenza
de mi dulce bien amado.

Clavel de pétalos bellos
que, dichoso y engreído,
te sirvió de blando nido
de una hermosa los cabellos.

Flor que con plácido encanto
cambias en miel mis agravios,
flor roja como los labios
de la mujer que amo tanto.

De ventura te sonrojas
cuando recuerdas, ufano,

la ternura de su mano
acariciando tus hojas.
Quizás, en dulce reposo,
de embriaguez y dicha lleno,
dormiste sobre su seno,
satisfecho y amoroso.

Quién sabe si ese color
con que á las flores humillas
lo robaste á sus mejillas
en un ósculo de amor.

Flor entre flores preciaada,
tu fragancia me embelesa
y mi deseo te besa,
plácida flor de mi amada.

El Hado vil ha podido
robar ufano tu bien
y arrojarte del edén
á la mansión del olvido.

Hoy, lejos de tu señora,
gallardo y triste clavel,
de tu suerte el golpe cruel
tu angustiado pecho llora.

Recordarás con tristeza
tu ayer plácido y veloz;
la dulzura de su voz,
de su rostro la belleza.

¿Dónde hallar, flor desgraciada,
mayor goce que en su beso,

dónde mayor embeleso
que en la luz de su mirada?

Lanza tu triste querrela
lejos ¡ay! de tu señora;
también mi pecho la adora,
también me muero por ella.

¡Aunque esté tu vida trunca,
más que tú soy desgraciado:
tú fuiste por ella amado,
yo, su amor no obtendré nunca!

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaiso.

MANUEL LARRAVIDE

DISTINGUIDO PINTOR URUGUAYO

El público que, en busca de emociones artísticas, visita con frecuencia el *Salón París*, tuvo ocasión de apreciar, en la primera decena del pasado mes, el mérito singular de este notable artista, verdadera especialidad en asuntos marinos, quien en su viaje por Europa detúvose aquí el tiempo preciso para exponer en el citado local algunas de sus obras, que justificaron á simple vista la excelente reputación de que goza en su país. De la referida exposición se ha ocupado con elogio y sin apasionamiento, pues se trataba de un autor para ella desconocido, toda la prensa barcelonesa, con una uniformidad de criterio que habla muy alto en favor del señor Larravide.

Honrados nosotros con la visita del joven pintor, á quien desde luego hacen simpático su porte distinguido, su vasta ilustración y su afable cortesía, nota característica en los hijos de la América latina, celebramos cordialmente el éxito que ha obtenido, pues nos permite corresponder al sincero cariño que tiene á nuestra *Revista* y al que en general le inspira cuanto á España se refiere, reproduciendo en este número varios de sus cuadros y publicando se retrato, digno por todos conceptos de figurar en las páginas que el *ALBUM SALÓN* destina á los ilustres adalides de las letras y artes españolas y americanas.

Enamorado de la especialidad que con tanto acierto cultiva, el señor Larravide hizo en distintas y largas temporadas vida de marino, navegando por los mares del Sud á bordo de la *Escuadra Argentina*, en donde realizó prácticamente sus estudios de técnica naval.

En la exposición del «Ateneo de Buenos Aires» alcanzó uno de los primeros premios; el «Museo Histórico Argentino» adquirió dos de sus mejores obras: «La *Escuadra Argentina* en Punta Piedras» y «11 de Abril de 1826»; y el «Museo Nacional de Montevideo» posee y tiene en gran estima su cuadro: «Boca del riachuelo».

La estancia del señor Larravide en Barcelona fué corta; suficiente sin embargo para granjearse buen número de amistades y demostrar su nobleza de alma con el acto filantrópico de regalar á la *Cruz Roja* su hermoso cuadro «El crucero *Río de la Plata*» para que su producto aumente los fondos que dicha Asociación destina á sus benéficos fines.

Al agradabilísimo recuerdo que su persona dejó entre nosotros, irá por siempre unido el de su acción generosa, merced á la cual nos cabe el placer de fundir justamente en un mismo elogio las obras de su superior talento y las de su hidalgo corazón, reveladoras del verdadero artista.



LA CANCIÓN DEL FUEGO

(FACETA).

Cuando chisporrotea y cuando crepita, cuando silba y ruje á impulsos de una ráfaga violenta, el fuego canta.

El fuego canta y su canción tiene palabras y las palabras que canta forman ideas y expresan el convencimiento de su poder y fuerza.

Yo he pasado horas enteras escuchando su canción, y poco á poco la he comprendido.

La he comprendido y como la oí la reproduzco.

«Soy inmortal como el movimiento, como la materia, como el calor.

«Soy la esencia misma de la vida, pues sin mí la materia estaría en reposo, y el reposo es la muerte.

«Soy más viejo que este mundo en que ahora ardo. Nací en la gran nebulosa primitiva, brillé en los soles dobles que engendraron los sistemas de un único sol. Atravesé los espacios sidéreos en forma de luz,

penetré en las entrañas de la tierra después de alentar en los vegetales, y ahora, al arder, producen mis combustiones, movimientos y reacciones que engendran vida.

«Soy fuerte como el amor; más que la muerte.

«Soy el gran purificador; por mí la tierra exhausta se nitrifica; por mí crecen las selvas, andan y viven y sienten hombres y animales; por mí se acortan las distancias y el mar, evaporándose, produce las lluvias que fecundan la tierra.

«Soy el que engendra el rayo, el que destruyendo crea, el que no cesa de crear. Sin mí no habría ni luz ni movimiento. Soy la esencia misma de la vida.

«Si un día desaparezo de la tierra, la tierra habrá muerto.

«¡Soy inmortal, soy todopoderoso, soy incontrastable!»
